

# La historiografía peruana del siglo XX y su aporte a la visión mestiza de la nacionalidad

*José A. de la Puente Candamo*

El objetivo de esta comunicación es el de presentar las diversas hipótesis que se han planteado sobre la visión mestiza de la nacionalidad peruana, así como los matices y las objeciones formuladas a esa visión en el curso del siglo XX.

El meollo intelectual del planteamiento tiene su origen en el proceso de la colonización española, durante la cual el hombre andino, el español y el africano, con sus propias culturas, de modo espontáneo, crearon una sociedad nueva, fruto de los factores mencionados. Así, pues, los peruanos no somos aborígenes, no somos europeos, somos mestizos.

Esta visión general, válida para Hispanoamérica en conjunto, explica, del mismo modo, la específica identidad de cada reino. La demarcación administrativa, la cultura prehispánica correspondiente a cada circunscripción, la propia geografía, los propios recuerdos, crearon singularidades, bases sobre las cuales germinaron y se asentaron los futuros Estados nacionales. Se puede definir la situación como un “conjunto de particularidades sobre un fondo cultural común”.

## **Estado de la cuestión al advenimiento del siglo XX**

Es legado del siglo XIX una visión erudita de la Independencia y un conjunto de estudios monográficos sobre diversas etapas de la vida republicana, todos preferentemente narrativos. De acuerdo con el criterio de la época, los temas políticos y militares ganaron la preferencia de los autores. En este panorama son fundamentales las figuras de Manuel de Mendiburu (Lima, 1805-Lima, 1885), Mariano Felipe Paz Soldán (Arequipa, 1821-Lima, 1886), Nemesio Vargas (Lima, 1849-Lima, 1921), Sebastián Lorente (Murcia, 1813-Lima, 1884), español que se incorporó al medio peruano. Entre los eruditos con múltiples contribu-

ciones singulares y valiosas, como ejemplos, puede mencionarse a Manuel de Odriozola (Lima, 1804-Lima, 1889), y José Toribio Polo (Ica, 1841-Lima, 1918). Para un conocimiento pleno de lo peruano no puede omitirse a Antonio Raimondi (Milán, 1826-San Pedro de Lloc, 1890).

A estos autores, beneméritos por múltiples razones, les debemos la construcción inicial –un inicio de organización sistemática– del conocimiento de la vida peruana. Sin embargo, por las corrientes intelectuales de la época, la atención no la orientaron al estudio y análisis del ser mismo, de la formación histórica del Perú.

Caso original en nuestro siglo XIX es el de Bartolomé Herrera (Lima, 1808-Arequipa, 1864), quien el 28 de julio de 1846, en la Iglesia Catedral de Lima pronunció un sermón en el cual penetró en la naturaleza de la sociedad peruana y subrayó el origen incaico y español de “algo enteramente nuevo”.

Para entonces, los incas, la conquista y el virreinato eran las etapas capitales de la existencia peruana. Si bien ya se conocían importantes estudios del tiempo preincaico, aún no se tenía una conciencia clara del significado de ese período en el proceso de formación de lo peruano.

En la vivencia de un peruano de principios del siglo XX, la noción del Perú encerraba –como es lógico– ideas y sentimientos varios. Estaban presentes la solidaridad –sin desconocer las críticas y censuras– con la República del XIX; se registraba una “visión heroica” de la Independencia unida a las hazañas de los grandes personajes; se vivía una imagen de grandeza de la época virreinal, unida –en muchos casos– a una censura a la obra de España; el tiempo incaico –entre historia y leyenda– se mostraba, entre muchos, como un momento idílico, injustamente truncado.

A esta interpretación vital del pasado, que en muchos espíritus no era armoniosa, se agregaba la crítica severa a la inestabilidad e improvisación frecuentes en la República decimonónica. Se advertían formas de nostalgia que recordaban los años prósperos en los cuales el Perú invitaba a la solidaridad del Continente.

Y sobre estos recuerdos, convicciones, sentimientos, floreció la voluntad decidida que llevó a trabajar por la “reconstrucción” del Perú, para sobrevivir con dignidad y optimismo sobre el doloroso quebranto de las postrimerías del siglo XIX. La generación que en su juventud ingresó al presente siglo, aprendió las primeras letras dentro del marco histórico que conjugó, con la pobreza y la crisis, un tono de optimismo que se manifestó en la voluntad de estudiar y trabajar por la citada reconstrucción nacional.

Es interesante advertir en los hombres de esos años cómo no los dominó el pesimismo, y cómo las aflicciones no perturbaron la decidida voluntad de trabajo por el bien del país.

### La generación del Novecientos

El ambiente antes descrito fue el marco histórico en el que se desarrolló la denominada “generación del Novecientos”, también llamada “arielista”, por la influencia que sobre ella ejerció José Enrique Rodó. La integraron diversos intelectuales, nacidos en los últimos lustros de la centuria pasada.

Fueron sus principales representantes: José de la Riva-Agüero y Osma (Lima, 1885-Lima, 1944), Víctor Andrés Belaunde (Arequipa, 1883-Nueva York, 1966), José Gálvez (Tarma, 1885-Lima, 1957), Francisco García Calderón (Valparaíso, 1883-Lima, 1953), Ventura García Calderón (París, 1886-París, 1959), Julio C. Tello (Huarochirí, 1880-Lima, 1947). Estos personajes nos ofrecen muy ilustrativos testimonios para penetrar en la idea del Perú que profesaron.

Riva-Agüero, historiador, profundo conocedor de la literatura, maestro universitario, político en su libro *La historia en el Perú*, publicado en Lima en 1910, inició un planteamiento de los estudios históricos a partir de un manejo serio de las fuentes, y con una severa y rica erudición, en la cual se apoyaba para una construcción general. Entendió que la historia —la conciencia histórica— era el fundamento capital de la nacionalidad. Dijo en el epílogo del libro citado:

“La estrecha relación entre la historia y el patriotismo es de evidencia tal que constituye un lugar común (...). La patria es una creación histórica (...). Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero” (Riva-Agüero, 1910: 548).

Para Riva-Agüero, el estudio de la historia es irremplazable en la formación de una conciencia histórica común. En sus profundas investigaciones, y en su magisterio directo, insistió siempre Riva-Agüero en la raíz incaica y española de nuestra nacionalidad. Su afecto a la figura de Hipólito Unanue, y sobre todo al Inca Garcilaso, fue expresión de su creencia en el origen y en la vocación mestizos del Perú:

“El Perú es obra de los Incas, tanto o más que de los conquistadores y así lo inculcan, de manera tácita pero irrefragable, sus tradiciones y sus gentes, sus ruinas y su territorio (...). El Perú moderno ha vivido y vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico (...).” (Riva-Agüero, 1960: II 14).

Riva-Agüero entendió el Perú como un fruto del “encuentro” entre el hombre español, el andino y el negro. Como una nueva realidad que debía perfeccionarse en la vivencia de la propia vocación integradora. El siguiente texto suyo es uno de los más explícitos sobre el mestizaje:

“No conozco afirmación más injuriosa para el peruanismo que aquella de ser inasimilables sus dos razas esenciales, la hispana y la india. Si tal fuera, el Perú resultaría un aborto. Y esperamos y constatamos que no lo es, por los tipos humanos que ha producido, desde Garcilaso hasta nuestros días, mestizos insignes de sangre y de alma. Ninguno de ellos, sin envilecerse y renegarse, puede, so pretexto de honrar a la madre, calumniar al padre generoso que le dio nombre, educación y linaje. El indigenismo exclusivo y frenético, el antiespañolismo obcecado y delirante, no es ya un error lícito, después de las concienzudas rehabilitaciones históricas, producidas y documentadas en los últimos decenios (...)” (Riva-Agüero, 1960: 27).

El pensamiento de Víctor Andrés Belaunde sobre el Perú es, en lo medular, muy cercano al de Riva-Agüero, pero con propias características. Hombre de derecho, historiador, filósofo, creyente en la doctrina social de la Iglesia, Belaunde fue, sin duda, el gran estudioso del Perú, de su esencia y destino, en este siglo. Subrayó la verdad de las “dos herencias”, e insistió en la “síntesis viviente”, como explicación del Perú. Estudió los factores “asumentes y asumidos”, en uno y otro campo de la vida.

Aficionado a los neologismos, acuñó la palabra “peruanidad”, para referirse al Perú como idea: la noción, el concepto del Perú. Afirmó Belaunde –precisamente en *Peruanidad*, su libro fundamental, publicado en Lima en 1957– que “Prescindiendo de todo criterio estimativo respecto de la Conquista y ateniéndonos únicamente a los hechos cuantitativos apreciables, podemos afirmar que supuso una profunda transformación biológica y económica, una nueva estructura social y un trascendental cambio religioso. Esas transformaciones han originado la verdadera peruanidad. No puede verse ésta simplemente a través de la raza primitiva. La peruanidad nace de la conjunción de las dos razas que no sólo se yuxtapusieron sino que comenzaron a fusionarse y sobre todo por la cultura cristiana que crea el alma de nuestro pueblo” (Belaunde, 1957: 56).

En *La realidad nacional*, publicada en París en 1931, presentó Belaunde la visión cristiana de la idiosincrasia nacional, frente a la interpretación marxista de José Carlos Mariátegui; y en otros libros y ensayos renovó su imagen mestiza, total, del país.

En Belaunde y en Riva-Agüero estuvo presente no sólo el estudio de la historia del Perú, sino que apareció el propósito directo de analizar y trabajar

el meollo, la esencia misma del Perú, lo que hoy entendemos como “identidad nacional”.

Francisco García Calderón, sociólogo, filósofo, crítico, en su libro *El Perú contemporáneo*, planteó el tema del progreso del país y estudió las notas que definen al peruano: su carácter, su estilo. Consideró la realidad del Perú de inicios del presente siglo, enaltecó la importancia del orden constitucional y subrayó la necesidad de un Estado que sirviera de verdad a la Nación. Al concluir dicho libro expresó lo siguiente sobre el Perú:

“Ha conquistado el orden que es la mejor base para la libertad; y en este orden, la vida nacional se desarrolla, convirtiéndose en completa y rica, marchando hacia destinos gloriosos que no veremos jamás. La nueva juventud parece la llamada, por su brío y acción, a cumplir y corregir la obra de sus ancestros. Sentimos que el porvenir nos reserva, con la grandeza de un pueblo llegado a la cima, aspectos nuevos y envidiables, en los campos de la inteligencia, del arte y de la vida. Todavía quedan muchas auroras que aún no han nacido, dice D’Annunzio: Vi sono molte aurore che ancora non nacquero” (F. García Calderón, 1981: 362).

Por su parte, Ventura García Calderón, hermano de Francisco, profundo y agudo crítico literario, consideró, con originalidad y belleza en la forma, las notas centrales del “ser” peruano, en diversos trabajos suyos, como “Materiales para un discurso a la nación peruana”, el prólogo de “Vale un Perú”, y “Si desapareciera el Perú”, unidos todos ellos en sus *Páginas escogidas*. Son frases muy ilustrativas:

“Tal anuencia a nuestra fatalidad de peruanos, tal desarrollo de nuestras facultades peculiares de peruanos debiera comenzar urgentemente por la aceptación mera y simple de que somos un pueblo mestizo donde el blanco, el indio y el negro han entrado históricamente en proporción desigual, pero constante. ¿Dónde el blanco puro si no es hijo de europeo recién llegado? ¿Dónde el insensato para jurarnos que en ese aluvión de sangres de nuestra historia no quedó interrumpida la consabida y ridícula “pureza de sangres” con el injerto clandestino de algún yanacona indígena o del esclavo negro y favorito? (...). Amigos míos, que el tener sangre india en las venas no sea motivo de “snobismos” de última hora, pero que también la tez cobriza no sea motivo de vergüenza y encogimiento. Destruyamos para siempre este complejo de inferioridad que todavía existe y fomenta odios y es el secreto de nuestras querellas políticas” (V. García Calderón, 1947: 965-966).

Prosigue con claridad y con la mirada orientada al futuro. “Sonriendo, pues, o maldiciendo de las consabidas purezas de sangre ‘por los cuatro cos-

tados', acabando, en fin, con prejuicios heredados, aceptemos, amigos míos, la evidencia de una patria de tres colores que se fundirán en uno solo. Tres almas luchan entre sí con todo lo que trajeron de allende el mar o de allende los siglos. Es y será Perú viable el que armonice tales evidencias antiguas, cuya música resuena a veces en nuestra sangre" (V. García Calderón, 1947: 967).

Es cierta la mencionada noción de lucha en el "encuentro" de los "tres colores", los cuales, en el silencio de la vida cotidiana —entre fricciones, enfrentamientos y actos de justicia— "hicieron" el Perú. El Perú es fruto de un difícil proceso que, entre contradicciones y armonías, en la secreta espontaneidad de la vida creó nuestra nacionalidad.

A Julio C. Tello le debemos de modo principal —junto con Max Uhle— fundamentales descubrimientos en el campo de la arqueología, que hoy nos permiten afirmar que el Perú es, en rigor, una patria milenaria. Es impresionante el conjunto de conocimientos que hoy tenemos entre las manos para acercarnos al estudio del dominio de nuestro territorio, tarea que iniciaron milenios atrás nuestros antepasados distantes.

Para la materia de la presente comunicación, el aporte de la "generación del Novecientos" está presente en el estudio del Perú como tema: en la voluntad de trabajar los aspectos fundamentales de su vida; en la perseverancia y optimismo de la actitud. La contribución de estos hombres es permanente y señala un tiempo esencial para el tratamiento de la naturaleza misma del Perú.

### **La "generación del Centenario"**

La "generación del Novecientos" y la del "Centenario" son, desde el punto de vista intelectual, las dos generaciones fundamentales del siglo XX en el Perú. La "generación del Centenario" agrupó a quienes eran estudiantes universitarios en los días del centenario de la Independencia, en 1921. Ellos vivieron las conmociones políticas, económicas, sociales, ideológicas, siguientes a la revolución rusa y a la Primera Guerra Mundial. En el orden doméstico, la "reforma universitaria" que se inició en Córdoba, aglutinó a los jóvenes de esos años.

Este conjunto humano estuvo ligado a la anterior "generación del Novecientos" por una decisión igualmente intensa de estudiar al Perú. La búsqueda del mejor conocimiento de lo peruano fue el nexo más fuerte entre ambos grupos de intelectuales. La "generación del Centenario" se distinguió por una especial preocupación social y política, muy vinculada con las circunstancias mundiales de entonces. Entre sus integrantes principales que están más ligados a la materia que trabajamos, podemos mencionar a los siguientes: Jorge Basadre

(Tacna, 1903-Lima, 1980), Raúl Porras Barrenechea (Pisco, 1897-Lima, 1960), José Carlos Mariátegui (Moquegua, 1894-Lima, 1930), Luis Alberto Sánchez (Lima, 1900-Lima, 1994).

Para el caso que nos ocupa, Basadre es un testimonio interesante. Aparte de su contribución esencial a la sistematización y al conocimiento de la vida republicana, le debemos reflexiones muy significativas sobre la naturaleza y vocación del Perú. En esa línea, uno de sus textos más importantes es “Notas sobre la experiencia histórica peruana”, publicado en 1952, en la revista limeña *Mercurio Peruano*. Un fragmento central es éste: “Dentro de la historia genética del Perú, el Virreinato señala el período del surgimiento y desarrollo de una nueva sociedad hispano-indígena-mestiza-criolla y del surgimiento y desarrollo de una nueva conciencia autonomista dentro de ella, paralelamente a análogos fenómenos en el resto de América Hispana. La enumeración de los diversos gobernantes del Perú en esa época y de sus obras, o la lista de las leyes entonces vigentes sería, más que historia del Perú propiamente dicha, historia de España en el Perú, o historia del Estado español en el Virreinato Peruano. Del mismo modo, el estudio de los linajes españoles que erigen sus solares peruanos, o el de las toponimias en la geografía histórica del Virreinato, sería el estudio de interesantes capítulos de la historia de los españoles en ultramar; pero no sería tampoco historia peruana del Perú. La historia del Perú empieza cuando los españoles se peruanizan en el contacto con el suelo, el ambiente, la vida o la gente que aquí encuentran; así como deja de ser mito, arqueología o leyenda cuando los indios se españolizan en una forma u otra, siquiera sea a través del idioma que sirve para ponerlos en contacto con el resto del mundo (...). Visión geográfica y filosófica del universo, idioma, religión, sentido del hogar, el arado, la rueda, el trigo, el arroz, el olivo, el vidrio, la caña de azúcar, la naranja, el melocotón, la manzana, la ciruela, el caballo, el asno, el buey, la oveja, el puerco, la rosa, el clavel, el lirio, la guitarra, la imprenta, el navío, la casa para el individuo particular, la celosía, el encaje, el azulejo, la pintura como arte autónomo y muchas, muchas otras cosas, y muchas, muchas otras ideas más, incluyendo el nombre y el concepto del Perú, fueron traídas por la colonización española. Pero todo eso vino a un “Nuevo Mundo”, con características geográficas, sociales y económicas propias y con un peculiar desenvolvimiento en el plano de la cultura, que a su vez enriqueció al Viejo Mundo con sus propios productos agrícolas y mineros” (Basadre, 1952: 77-78).

Con matices, el pensamiento central de Basadre se sitúa en el mismo camino que en este siglo afirmaron Riva-Agüero y Belaunde, y que reconoce que el tiempo de la colonización –en el contacto entre el hombre andino, el español y el negro, y entre sus propias y respectivas culturas– fue naciendo una nueva sociedad que denominamos mestiza.

Además de lo político, lo militar y lo ideológico, poco a poco –sin que se advirtiera de modo violento– se fue creando una nueva sociedad. Se formó en la vida ordinaria; nadie manifestó el propósito de crearla; fue un proceso que se desarrolló con espontaneidad.

Raúl Porras Barrenechea, maestro escolar y universitario, estudioso de los cronistas, de Pizarro y del Inca Garcilaso, erudito en los campos de la historia y de la literatura del Perú, siempre reconoció el aliento andino y español de nuestra cultura, y enalteció la vocación integradora del Perú.

Dijo Porras en su bello estudio *Mito, tradición e historia del Perú*: “La crónica de la conquista, es pues, crisol en el que, por obra del espíritu misionero y humanitario de la metrópoli, se funden esencias de los dos pueblos, bajo el signo cristiano y español. El hombre educado en la cultura occidental concibe y vuelve a pensar la historia inaprehensible del alma primitiva, conforme a las normas de su propia e insólita experiencia. En sus manos el Imperio Incaico se occidentaliza, inconscientemente, en tanto que el cronista se indianiza, a menudo, y prende en amor a las cosas de la tierra. Fundidas las dos razas y las dos culturas, con sus ideas y sentimientos disímiles, el cronista, que las acepta y las incorpora a su sentimiento nuevo del Perú, es ya mestizo espiritual y pronto lo será por sangre y nacimiento (...)” (Porras, 1951: 54).

El caso de Mariátegui es distinto; él, que no fue historiador, aplicó con un criterio definido por su confesión intelectual, el pensamiento marxista a la realidad peruana.

Igualmente, con matices que fueron reflejo de su específica vocación política, Luis Alberto Sánchez en trabajos de historia, de literatura, de evocación, estudió la doble raíz de lo peruano.

### Otros casos representativos

Como un ejemplo de la presencia –implícita o expresa– de la concepción del “mundo mestizo” en la obra de un historiador general, es válido mencionar a Rubén Vargas Ugarte S.J. (Lima, 1886-Lima, 1975), investigador erudito, maestro universitario, especial conocedor de nuestra historia eclesiástica, quien en sus estudios –sin dedicación especial a la teoría de la historia– vivió una concepción total, integradora del Perú.

Aurelio Miró Quesada Sosa (Lima, 1907-Lima, 1998), conocedor profundo de nuestra historia y de nuestra literatura, amante de Garcilaso, ha promovido estudios y certámenes sobre el mestizaje, siempre confiesa –en sus escritos sobre

la personalidad histórica del Perú y su cultura— su creencia en la esencia mestiza de la nacionalidad. Dijo en una ocasión solemne:

“Y así, a través de los años, no a favor de las leyes sino a favor del impulso decisivo de la realidad y de la vida, el mestizaje ha ido creciendo en el número y ascendiendo en la consideración y en la conciencia del Perú. Su presencia física y espiritual está aquí, en todo y en todos, por encima y aparte de las valoraciones y los juicios. Más allá y más acá de las apreciaciones subjetivas, con un interés que se desplaza de la formación histórica a la actuación social y cultural, está la verdad palpable y objetiva del mestizaje constante y solidario en todos los aspectos de la vida nacional” (Miró Quesada, 1966: 54-55).

Dos estudiosos del interior del país merecen una consideración especial: me refiero a José Uriel García (Cuzco, 1884-Lima, 1965), y José Varallanos (Huánuco, 1908), ambos creyentes en la profunda transformación del hombre andino.

José Uriel García, en *El nuevo indio*, publicado en el Cuzco en 1930, estudió el cambio profundo que vivió el hombre andino, al igual que su medio. Desde una óptica intensamente serrana, en el capítulo titulado “Proceso del neoindianismo”, presenta la transformación que vivió el hombre andino y su mundo. Se refiere a la conquista: “Porque de ese brusco encuentro de dos culturas diametralmente opuestas, nuestra historia se deslizó por otros rumbos y adquirió una nueva personalidad (...). La conquista es una catástrofe psicológica, como toda tragedia que nutre la historia de la humanidad. Para el espíritu indiano autóctono fue un cambio de derrotero, fatal, imprevisto, forzoso; todo un momento de prueba. Pero del mismo modo para la cultura invasora. Del percance salió el invasor con su integridad moral mermada por el influjo de dos elementos de capital importancia: la tierra y la tradición andinas; valores históricos ya constituidos en siglos de diálogo creador, de beligerancia mutua y, a la vez, de cordial simbiosis (...). La indianidad (no el incanato) estremecida vira su destino por otras rutas sin darse por vencida (...). Por su parte, la vieja civilización española —síntesis de elementos heterogéneos— recibe inyección más de la savia vernácula y pierde al mismo tiempo, su integridad histórica; inmersa en un medio que no era el suyo se produce de manera distinta a su cultura originaria por lo menos en los aspectos más elevados” (García, 1973: 96).

José Uriel García, con su específica personalidad andina, afirma su solidaridad con el pasado: “El ciclo neoindio es tan nuestro como lo incaico y lo republicano, porque, al menos, dentro de nuestros horizontes, el alma india y el temple de los Andes le vigoriza y le da personalidad. Indios y conquistadores que ingresan a ese nuevo panorama americano transformado crean una cultura paralelamente modificada. El nuevo tipo humano que se va formando crea un nuevo tipo de cultura. Esa cultura tiene un ritmo indiano en unas zonas más

acentuada que en otras, es cierto (...). Usando el tecnicismo de la herencia mendeliana, diríase que unas veces es dominante lo indiano y recesivo lo español; otras, al contrario" (García, 1973: 98).

Lo que más interesa subrayar con referencia a los testimonios de García es la creación del "nuevo tipo de cultura", germen del Perú. Evidentemente –y es natural– su mayor cariño está en la sierra: ahí se encuentra su raíz profunda. Sin embargo, reconoce que se ha creado, dentro de la comunidad histórica –continuidad difícil y en muchos casos conflictiva– una nueva forma de vida, y una nueva forma de cultura.

José Varallanos, estudioso de la historia y del derecho, en *El cholo y el Perú mixto*, estudia los caracteres de la "nueva sociedad" que se formó como consecuencia del conflictivo "encuentro" de la conquista y de la siguiente colonización: "La Colonia, remarcamos, fue un crisol donde se realizó la gestación de nuestro destino espiritual de pueblo y nuestro sentido nacional. Mejor aún, la cultura indiana –peruana, en particular y americana en general– que está emergiendo de estas tierras, como efecto de la fusión de elementos culturales de Occidente con los autóctonos, comenzó a gestarse en los días coloniales (...); es el indio y el europeo que se mezclan (...)" (Varallanos, 1962: 209).

Alberto Wagner de Reyna (Lima, 1915), filósofo, diplomático, historiador, renovó su creencia en el Perú integral en un estudio sobre la personalidad de Hispanoamérica, al igual que en un "Perfil de Riva-Agüero" y en otros trabajos. Dijo de Riva-Agüero: "El amor a la tradición nacía de su apego al Perú integral, al Perú que vive su esplendor de Imperio precolombino, su dignidad regia de tres siglos de monarquía ibérica, su gallardía de República independiente, marcada por las jornadas gloriosas de la lucha por su génesis y su afirmación nacional (...)" (Wagner, 1945: 69).

Pedro Manuel Benvenuto Murrieta (Lima, 1913-Lima, 1978), lingüista, historiador, maestro universitario, amante de lo español y de lo serrano, desarrolló en su magisterio la visión total, integradora, del Perú. Fue un creyente en el mestizaje. Son palabras suyas: "Se ha creado la palabra peruanidad. Creación feliz que ha venido a proporcionar un elemento efficacísimo –como todos los del lenguaje– para precisar mejor los conceptos y su alcance. Entendemos hoy por peruanidad el espíritu, pródigo en elocuentes señales, que a través de nuestra historia, después de la Conquista española, ha formado una nacionalidad en su último y decisivo estadio de plasmación. Unánime consenso fija los dos factores del espíritu y cuerpo del Perú: la raza indígena y sus culturas y la raza española y su civilización. Con acierto ha dicho Riva-Agüero que hemos de cumplir nuestro deber filial honrando a las dos, "igualmente peruanas, esenciales e indestructibles" (Benvenuto, 1945: 10).

Semejante en el afecto a lo mestizo es el caso de César Pacheco Vélez (Lima, 1929-Lima, 1989), quien lo confesó en sus escritos y en su magisterio y en la promoción de múltiples empeños intelectuales. Entre otras oportunidades, al estudiar el pensamiento peruanista de Víctor Andrés Belaunde, con cuyas enseñanzas se identificó, expresó Pacheco Vélez: "(...) la peruanidad integral: el logos, el pathos, el estetos y el teknos de cada una de las dos vertientes se funden armoniosa y jerárquicamente; unos y otros valores cumplen en cada caso la función de la materia y la forma, y unas veces ésta es forma figurante, otra forma animante o forma asumente, para dar lugar a la nueva realidad de una síntesis viviente en constante dinamismo, en constante proceso de enriquecimiento y consolidación. Los peruanistas, dice Belaunde, somos, al mismo tiempo, indigenistas e hispanistas. La disyuntiva real de la cultura peruana –y podría extender el dilema al conjunto de la cultura hispanoamericana– es: síntesis o desintegración. La tesis de la síntesis viviente es trascendentalista, se opone al inmanentismo que esclaviza la vida a la materia y el espíritu a la vida. Es un aporte original de Belaunde a la filosofía de la cultura, y a la concepción cristiana de la vida que habría querido desarrollar más detenidamente (...)" (Pacheco, 1993: 285).

José Antonio del Busto Duthurburu (Lima, 1932), estudioso de la conquista y de la vida de Pizarro, impregna sus estudios con la vivencia de lo mestizo: "El Perú es un país mestizo. Los peruanos –díganlo sus apellidos– descienden mayoritariamente de los indios y de los españoles que esculpieron juntos la gesta del siglo XVI (...)"

El mestizaje no reniega de lo indio ni de lo foráneo (lo europeo, africano, oceaniano y asiático), tampoco ve en ambas corrientes tendencias antagónicas. Por el contrario, las hereda, las une, y ya con forma propia las convierte en peruanidad. Nuestro mestizaje es amplio pero, en mucho, ceñido a lo andino y a lo europeo" (Busto Duthurburu, 1993: 53).

### **Objeciones planteadas a la visión mestiza**

Siendo un tema que compromete la visión del pasado, que encierra una interpretación de la realidad nacional y que define la vocación del país, la idea del mestizaje siempre ha provocado y provoca tanto adhesiones como rechazos fervientes. De otro lado, no se puede desconocer que en el análisis de esta cuestión intervienen factores que tienen que hacer con las convicciones intelectuales e históricas de quien estudia.

Algunos autores sostienen que la idea del mestizaje es insuficiente para explicar la naturaleza de una sociedad nacional, pues es un proceso universal

en la vida de los pueblos. Evidentemente, la observación es válida; no obstante, si en el caso peruano se insiste en la visión mestiza es porque explica la totalidad de nuestra vida comunitaria, refutándose las hipótesis y actitudes –desarrolladas con mayor intensidad y resonancia entre las décadas de 1960 y 1980– que quieren ver lo peruano sólo en lo andino o sólo en lo occidental, y enfrentan a uno y otro factor, siendo ambos indispensables para entender el Perú. Además, la visión mestiza comprende un elemento central en la vida de un pueblo: la solidaridad con el pasado, con la integridad del pasado. No es posible aceptar del pasado sólo lo que resulta grato y se entiende como propio, y rechazar del mismo modo lo que se considera ingrato.

Una objeción reiterada en las últimas décadas señala que el Perú encierra muchas culturas diversas, y que no hay identidad nacional. Esa idea es consecuencia no sólo del estudio de la formación histórica del Perú, sino fruto también de planteamientos previos ideológicos y políticos.

Es evidente que el Perú es una nación compleja, en muchos sentidos, desde su portentosa y accidentada geografía hasta su misma riqueza en el orden cultural. Asimismo, es evidente el encuentro de sangres que se produce en su historia. El Perú no es un país simple, sencillo en su realidad. Una nación es una forma de vida en común, que no desconoce la libertad del hombre, ni olvida las circunstancias que influyen en su vida, ni las influencias del medio. Hay muchas formas de ser peruano: la geografía de la propia provincia o región, la menor o mayor presencia de población de origen prehispánico, o el propio clima que se vive, son elementos que –junto con muchos otros– crean peculiaridades que son evidentes, pero que de ningún modo desconocen la raíz histórica común. Debe reiterarse: lo fundamental es admitir que hay muchas formas de ser peruano, y que la instrucción y la educación deben orientarse a fortalecer la noción de nuestro origen común y nuestra conciencia solidaria.

Otra línea de objeciones a la visión mestiza del Perú sostiene que bajo esta interpretación de la nacionalidad se pretende olvidar o desdibujar los errores e injusticias del pasado y del presente, y crear una suerte de “historia rosada” del país.

Frente a ello, puede afirmarse que la interpretación mestiza no penetra en el campo de los juicios de valor: solamente afirma el origen, la fuente de la comunidad peruana; entre errores y aciertos, nuestra personalidad es mestiza. Aun en el caso de que todo, en nuestro pasado, hubiera sido desgraciado y negativo, ése es nuestro origen. No existe ningún propósito de disimular la verdad.

Otros autores aceptan el hecho evidente del mestizaje biológico, limitándose a la constatación de dicha realidad. Sin embargo, niegan la existencia de un

“mestizaje espiritual”, o de una “cultura mestiza”. Sostienen que las culturas no se mezclan como las sangres, lo que es evidente. No obstante, la hipótesis de quienes sostenemos la validez de una cultura mestiza es otra, y se orienta a afirmar que la expresión cultural del hombre mestizo –por su propia realidad– será igualmente mestiza. La prueba más clara está en el mismo Garcilaso, quien en sus páginas famosas escribió sus vivencias y manifestó en su propio lenguaje la síntesis que vivía en su intimidad.

La pervivencia de múltiples expresiones culturales del hombre andino induce a otros autores a pensar que nada ha cambiado después de la conquista, y que todo continúa como en épocas anteriores. Sin embargo, la situación es distinta. Hombres del mismo mundo andino, como los ya citados García y Varallanos, han insistido en la “transformación” del hombre de la sierra, en la existencia de un “nuevo indio”. Desde otro ángulo, dentro de la sociedad mestiza, es verdad que actúan expresiones andinas, generalmente fruto de la misma comunidad mezclada. El incario concluyó con la conquista; en cambio, el mundo andino ingresó a un fenómeno de “transformación”, en el cual adquirió una distinta identidad dentro de un mundo más ancho y complejo. Lo andino es parte esencial de lo peruano.

Dentro de una inspiración ideológica que no es fruto de nuestra mentalidad, hay autores que reducen el diagnóstico de nuestra sociedad al proceso de la “dominación y dependencia”, y afirman la frecuente “alienación” de lo nuestro. Sin negar que los fenómenos sociales antes dichos, en uno u otro caso de la vida nuestra, tienen una presencia cierta, no es posible intentar la comprensión de lo peruano –de su misma naturaleza– si reducimos la cuestión a aceptar simplemente la dicotomía mencionada. La materia en cuestión encierra un contenido muy denso y rico, que no se puede explicar sólo a través de la dualidad citada.

La concepción pesimista y negativa de lo peruano otorga el fundamento a otro campo preñado de objeciones a nuestra realidad biológica y social mestiza. Me refiero a quienes no entienden nuestra formación histórica, y siempre observan lo extranjero con especial admiración. Son quienes reconocen el ideal en el hombre blanco, nórdico; quienes piensan que el portentoso desarrollo técnico de algunos pueblos señala planos de superioridad y subordinación definitivos. En suma, los casos pueden multiplicarse: todo procede de un desconocimiento de nuestra historia –de una falta de conciencia histórica–, factor necesario para un cabal progreso nacional.

En nuestro país jamás se ha manifestado la segregación racial al modo de otros pueblos; no obstante, sí se presentan formas de “racismo sociológico”, fruto de una abrumadora ignorancia de la propia historia y de una visión frívola de

la vida. Es el modelo del hombre blanco, antes dicho; es la fascinación frente al progreso material; es el desdén frente al hombre que, al no ser blanco, se le entiende inferior.

Las actitudes descritas son expresión de una carencia de cultura, de formación humana, de conocimiento de la propia historia. El fortalecimiento de la educación, no de la instrucción solamente, es camino necesario para ganar una cabal conciencia histórica que supere las falsas visiones reseñadas.

### **A modo de conclusión**

Si pensamos en los lustros iniciales de este siglo, y comparamos el estado de los conocimientos de esa época con los criterios y fuentes que hoy se consideran para el estudio de la idea del Perú, debemos reconocer un significativo enriquecimiento.

Los estudios e investigaciones arqueológicos permiten hablar de una patria milenaria; se ha ganado en seriedad en cuanto al manejo de las fuentes y a los métodos de investigación; se ha concedido una atención especial al estudio de la "resistencia andina", a la historia de los "vencidos" tras la conquista; el "mundo andino" es hoy día tema de preferentes investigaciones y análisis, tarea que Luis E. Valcárcel inició hace varias décadas, y que han continuado —entre otros— María Rostworowski de Diez Canseco y Franklin Pease G.Y. Se ha insistido en la importancia del estudio de instituciones, de actitudes sociales, de mentalidades. Así, por ejemplo, deben citarse los trabajos de Pablo Macera sobre diversas expresiones artísticas andinas; los estudios genealógicos han ganado vocaciones y han perfeccionado su obvio nexo con la historia; se ha enriquecido el interés por el análisis de la vida cotidiana y de la historia regional.

No puede omitirse una mención a lo que ha significado en este siglo, para la comprensión de nuestra historia, la *Colección Documental de la Independencia del Perú*, publicada por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia, desde 1971. Dentro de este cuerpo documental, los volúmenes que preparó Ella Dunbar Temple, después de minuciosas investigaciones sobre la participación popular en la Emancipación, aportan pruebas valiosas para conocer la presencia del mundo mestizo andino en los grandes sucesos de esos años.

Todo lo expresado, y mucho más, que en cuanto a criterios, métodos y conocimientos le debemos al siglo XX, ha permitido y permite un más agudo e integral acercamiento al hombre y a la sociedad mestizos. Ha aumentado la preocupación misma por el tema.

Sin embargo, pienso que es aporte singular de este siglo el acento mayor en el estudio del concepto del Perú, el análisis de la naturaleza y vocación de la sociedad peruana. Al igual que el Inca Garcilaso anunció, en los primeros años del siglo XVII, la existencia del hombre peruano; del mismo modo que Hipólito Unanue, en las postrimerías del siglo XVIII, entendió la continuidad del tiempo incaico y el tiempo virreinal, y se entregó al estudio de lo peruano; así como Bartolomé Herrera, en 1846, penetró en la naturaleza misma del ser peruano, los hombres del siglo XX, especialmente en sus dos generaciones centrales, han mostrado una voluntad reiterada por conocer e interpretar las fuentes y la naturaleza de la comunidad peruana.

En las postrimerías de esta centuria el examen de la historiografía, al igual que la observación de las vivencias sociales y la propia experiencia docente, nos muestran que la educación es la necesidad primordial de la sociedad peruana. Se requiere, por tanto, una entrega muy seria y constante a la formación del hombre peruano como persona. De esta tarea se desprenderá, como fruto natural, una mejor comprensión de la personalidad mestiza del país<sup>1</sup>.

---

1 Los estudios de Miguel Maticorena Estrada sobre "cuerpo de Nación" e "idea de Nación", merecen una especial consideración, tanto por el fundamento teórico, como por el desarrollo de investigación.

Debe mencionarse, aunque esté aparte de este trabajo en un sentido estricto, la presencia de lo mestizo en la obra literaria de José María Arguedas. Es el caso del tema mestizo en la vivencia personal y en el contenido de su obra.

Es interesante advertir la vigencia del mestizaje en el discurso político. Es el caso más notorio el del partido Acción Popular y el de su fundador, Fernando Belaunde Terry.

Por otro lado, y aunque distantes de la visión mestiza del Perú, deben mencionarse las obras de Alberto Flores Galindo y de Manuel Burga, en tomo a la "utopía andina".

### Bibliografía<sup>2</sup>

- BASADRE, Jorge  
1952 *Notas sobre la experiencia histórica peruana*. En: Mercurio Peruano, febrero, N° 299, pp. 91-91.
- BELAUNDE, Víctor Andrés  
1931 *La realidad nacional*. París.  
1957 *Peruanidad*. Lima.
- BENVENUTTO MURRIETA, Pedro M.  
1945 *Algunas ideas sobre la peruanidad*. Lima.
- BURGA, Manuel  
1988 *Nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los incas*. Lima.
- DEL BUSTO DUTHURBURU, José Antonio  
1993 *El mestizaje en el Perú*. Piura.
- FLORES GALINDO, Alberto  
1987 *Buscando un Inca*. Lima.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco  
1981 *El Perú contemporáneo*. Primera edición en castellano. Lima.
- GARCÍA CALDERÓN, Ventura  
1947 *Páginas escogidas*. Madrid.
- LLOSA, Jorge Guillermo  
1962 *En busca del Perú*. Lima.
- MARIÁTEGUI, José Carlos  
1952 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima.
- MATICORENA ESTRADA, Miguel  
1987 *La idea de Nación en el Perú*. Lima.

---

2 Además de los libros y artículos citados en la presente bibliografía –que no pretende ser exhaustiva– puede consultarse con provecho la *Revista Histórica*, tomo XXVIII, Lima, 1965, que reúne los textos correspondientes al “Congreso sobre mestizaje”, que convocó la Academia Nacional de la Historia en 1965.

- MIRÓ QUESADA SOSA, Aurelio  
1966        *20 Temas peruanos*. Lima.
- PACHECO VÉLEZ, César  
1993        *Ensayos de simpatía*. Lima.
- PEREYRA PLASENCIA, Hugo  
1993        *Herencia andina, herencia colonial y mestizaje en el Perú. Un enfoque desde el contexto europeo*. En *Apuntes*. Primer semestre. N° 32, pp. 65-78.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl  
1951        *Mito, tradición e historia del Perú*. Lima.
- DE LA PUENTE CANDAMO, José A.  
1992        *La identidad peruana en lo hispanoamericano*. Piura.  
1966        *Reflexiones sobre el Perú mestizo*. Lima.  
1992        *Quinientos años después. El nuevo rostro del Perú*. Lima.
- DE LA RIVA-AGÜERO, José  
1960        *Afirmación del Perú. II. Fragmentos de un ideario*. Lima.  
1994        *Paisajes peruanos*. Lima.
- SALAZAR BONDY, Augusto  
1969        *Entre Escila y Caribdis. Reflexiones sobre la vida peruana*. Lima.
- WAGNER DE REYNA, Alberto  
1945        *Perfil de Riva-Agüero*. En: *Revista de la Universidad Católica del Perú*, mayo-junio, N°s 2-3, pp. 65-74.